



Tópicos del Seminario

ISSN: 1665-1200

ses@siu.buap.mx

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Luna Reyes, Ambrosio Javier
Ilusión, seducción, persuasión
Tópicos del Seminario, núm. 14, julio-diciembre, 2005, pp. 87-109
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59401406>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ilusión, seducción, persuasión

Ambrosio Javier Luna Reyes
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Introducción

El interés fundamental de este artículo es tratar la ilusión como una puesta en discurso. En este sentido el término *ilusión* se comprende como un proceso de articulación de sentido; primeramente, se observa que se manifiesta a través de textos concretos, pero también es posible identificar sus características en un ámbito intertextual, es decir, que sobre la base del reconocimiento de recurrencias de marcas y configuraciones textuales es factible hablar de estrategias comunicativas alternativas a otras ya manifestadas en ocasiones anteriores. Con esto se habla de secuencias de eventos de *puesta en discurso*: con base en el análisis e interpretación de textos concretos se reconstruye el conjunto de condiciones de interacción comunicativa en las cuales se da la producción de enunciados y las relaciones entre enunciadorees y enunciatarios, así como las unidades y entornos semánticos que conforman una visión o modelo del mundo.

Pero la problemática de la ilusión no sólo puede ser tratada como un efecto de sentido de un discurso; para recuperar su complejidad y dinamismo es necesario tomar en cuenta los diferen-

tes contextos en los que se manifiesta: la vida cotidiana, el pensamiento filosófico, la actividad artística y la investigación científica.

Dado el nivel general de estas reflexiones, cabe señalar que las ilusiones pueden manifestarse a través de múltiples soportes materiales y configuraciones textuales. En todo caso, son consideradas como imágenes (muy concretas y vívidas o más abstractas y conceptuales), que están en conflicto con otras imágenes con dominios afines de referencia. Por otro lado, es importante aclarar que, desde el punto de vista metodológico, quien desee investigar con más profundidad este tema debe realizar una serie de operaciones de delimitación, seleccionar el campo de manifestaciones de la ilusión. Una aproximación más fina a un tipo de ilusión gana densidad, más cualidades específicas, se construyen *corpus* muy diferentes y se trabaja con categorías de análisis también específicas.

Dicho carácter alternativo y conflictivo entre imágenes de algún ámbito de la profunda relación mundo-sujeto posee diferentes *dimensiones*, de las cuales algunas son predominantes con respecto a otras en una misma manifestación de ilusiones. Dichas dimensiones pueden ser planteadas con ayuda de los siguientes *criterios*:

- En relación con un interés *ontológico*, la ilusión es susceptible de tematizarse como aquella concepción de la realidad que resulta sólo aparente, contraria a lo que otros discursos identifican como una correcta alusión a lo real, a lo existente. Se trata de un conflicto de pretensiones de correspondencia con la realidad; en este sentido, la ilusión es considerada como la concepción que debe perder consenso ante una determinada comunidad de hablantes.
- El punto de vista *epistemológico* en el campo de la filosofía de la ciencia, se refiere al proceso y a su efectividad en la consecución del saber y del conocimiento. Este último, más deliberada y sistemáticamente fundamentado y respaldado por

una comunidad científica, pero ambos susceptibles de ser señalados como ilusorios en alguna de sus formulaciones, en cuanto abrigan una falsedad, ya sea por falta de coherencia interna o a la luz de nuevas contrastaciones en otros ámbitos o diferentes versiones de la experiencia. También se utiliza el término *epistémico* para hablar de un estado cognitivo de un sujeto en relación con su condición general en un determinado programa narrativo, así como por el hacer interpretativo que realiza sobre ciertas proposiciones de las cuales conoce su contenido semántico y está dispuesto a creer en ellas, de acuerdo con sus saberes, con miras a un hacer. En este campo se habla de términos como la creencia, la adhesión, el saber y el poder, con respecto a un ser-hacer.

- Desde una reflexión *metodológica*, las formulaciones de conocimiento denunciadas como ilusiones son consideradas como obstáculos para el avance de una disciplina. Los términos fundamentales en este caso son fructífero / estéril, puesto que la ilusión permite el desarrollo de problemas falsos y discusiones sin resultados que abran a su vez nuevos planteamientos de estudio o nuevas formulaciones de los objetos de estudio.
- El ámbito *deóntico* (o lógica de la normatividad basada en las obligaciones y las permisiones) es un criterio por el cual se reconoce en las ilusiones apetencias y deseos en relación con los estados de cosas, el deseo de que las cosas sean de otra manera, por motivaciones éticas, estéticas o utilitarias. Esos estados de cosas contrarios a la ilusión que “debería ser” causan una desilusión. Se trata de un juicio de valor sustentado por una comprensión de la realidad y una alternativa deseable que se mantiene apegada a la lógica fundamental de la realidad, es decir, que no se deja llevar por una fantasía desmedida. Este criterio también está relacionado con los modos de existencia del sujeto semiótico, ya que participa de un deber o de un querer sobre la base de un saber, pero se descubre en un no poder ser-hacer.

- Las ilusiones pueden adquirir un gran valor *estético*, como proveedoras de ocasiones de disfrute de sentimientos de belleza, de estados armónicos de felicidad. En el criterio anterior, como en el siguiente, aparece la problemática de la ficción sugestiva, el manejo deliberado de constelaciones de imágenes que no buscan engañar sino garantizar un acceso a un estado eufórico del sujeto.
- El criterio *pasional*. Las condiciones objetivas de un sujeto siempre son insuficientes (aburridas, molestas y hasta repugnantes) en relación con los requerimientos y las expectativas impuestas por la configuración pulsional (los anhelos más intensos, como el impulso sexual, el reconocimiento y la aceptación por parte de los otros, el bienestar completo y placentero, la felicidad espiritual, el poder, y el dominio de los secretos del mundo). En este sentido, la fuerza de los deseos corresponde a la viveza e intensidad de las ilusiones, que son muy seductoras y brindan al sujeto la posibilidad de embeleso o arrobamiento dentro de la ficción.

El plan de este trabajo es el siguiente: sobre la base de una caracterización discursiva de la ilusión, y tomando en cuenta los criterios anteriores, se lleva a cabo una serie de aproximaciones interdisciplinarias con el fin de ir esclareciendo la demarcación de la problemática de la ilusión. Por ello, vamos de una definición general, una clasificación de las ilusiones, al estudio de sus diferentes manifestaciones en distintos campos de investigación, hasta llegar a una breve exposición, nada exhaustiva, de las perspectivas de análisis de esta problemática en el ámbito de la semiótica tensiva.

1. Ilusión, metacognición

El término *ilusión* (del latín *illudere*: engañar, de *ludere*: jugar) tiene ya un conjunto convencionalizado de significados, es parte de discursos de diferente índole, tanto en la vida cotidiana como en disciplinas psicológicas, sociológicas, antropológicas o

filosóficas. Por ejemplo, expresiones como: “tengo la ilusión de...”, “ya me había hecho la ilusión de...”, “lo hago con mucha ilusión...”, “estoy desilusionado...” “a pesar de todo conservo la ilusión...” se refieren a una memoria episódica cotidiana; se habla de transformaciones cognitivas, pasionales y pragmáticas de sujetos reales, los cuales realizan interpretaciones deónticas y afectivas sobre sí mismos, sobre los otros y sobre hechos de sus entornos de vida.

Este uso normal de la palabra *ilusión* alude a representaciones mentales de carácter principalmente eufórico que ante el propio sujeto resultan ser contrastantes (diferentes, contrarias) con la experiencia que habitualmente obtiene de los estados de cosas que considera reales; pero aquí el sujeto no es un simple observador, más bien existe una autorreferencia, un estado de consciencia en el cual el enunciador se descubre profundamente implicado tanto en sus ilusiones como en los hechos. De ahí que cuando un discurso refiere una ilusión o una desilusión tematiza una *operación metacognitiva*, un proceso de ampliación de la conciencia; o bien, como se define en las teorías de los sistemas sociales, una observación de segundo grado: el sujeto se observa observando, sintiendo algo. Este proceso permite identificar dos roles actanciales en sincretismo, puesto que un sujeto cognitivo denuncia o desenmascara a un sujeto (él mismo) en un determinado estado *pasional-estético* (tiene una inclinación a disfrutar de imágenes más o menos vívidas, se obstina en esperar algo bueno para sí, aunque no tenga un claro fundamento en la realidad) o *modal-deóntico* (desea, quiere, cree con cierta intensidad, se adhiere a proposiciones valorativas sobre lo que no debería ser permitido).

También se desenmascaran las ilusiones de los otros, pero esto no es muy diferente de lo anterior. Quien está, sin darse cuenta, “ilusionado”, no tiene un problema metacognitivo, está integrado a un sistema de creencias que interpreta como *la realidad*, sus experiencias concretas se integran sin conflicto alguno a su cosmología. Alguien “está ilusionado” únicamente bajo la perspec-

tiva abierta por las operaciones de observación y expresión que realiza otro sujeto, que es el que denuncia las ilusiones. Esto suscita un problema ontológico que se manifiesta en la estructura semántica o sistema de proposiciones del discurso de la ilusión.

Este ejercicio de crítica implica también las condiciones cognitivas y afectivas del denunciante en la medida en que es capaz de comprender o de sentirse afectado por esas ilusiones, o bien, se reconoce ubicado en esa situación del otro. “Se llega a creer lo que se desea —menciona Pedro Ortega en *Notas para una filosofía de la ilusión*—; se produce un frente a frente entre el deseo y la realidad; una proyección del deseo que permanece al lado de la realidad pero no ajeno a la razón” (Ortega, 1982: 23).

La sospecha o la certeza del engaño constituido por la ilusión comprende también la presencia de destinadores y destinatarios: los sujetos cualifican sus situaciones de vida racionalizando sus ilusiones, disfrutan de ellas, las construyen y cultivan, argumentan en favor de sus creencias o sus esperanzas; son destinadores y destinatarios de sus ilusiones y pueden permanecer en ellas a pesar de todo porque, en última instancia, la realidad no tiene el poder de desautorizar las interpretaciones que se hacen a propósito de ella.

2. Complejidad del discurso de la ilusión

El discurso de la ilusión se plantea esencialmente como un proceso de enunciación cuyos eventos de significación y comunicación son: a) la construcción de perfiles y relaciones de enunciadore y enunciatarios que se encuentran en condiciones privilegiadas de *saber-ser*, cuyo estado cognitivo está constituido fundamentalmente por b) una distinción clara entre lo real y lo ilusorio y, c) un mundo construido por los recursos expresivos del enunciadore, en el que existen otros sujetos cuyo estado cognitivo es insuficiente para hacer la distinción entre lo real y lo ilusorio.

El discurso de la ilusión también da cuenta de la existencia de d) sujetos que ejercen una manipulación de recursos expresivos con el fin de persuadir (crear convicciones emotivas con respecto a ciertas imágenes del mundo) a esos sujetos. En la denuncia de las ilusiones esos enunciadores, manipulan estratégicamente figuratividades con poder de seducción, las cuales se presentan en los entornos perceptivos y están ahí como un espectáculo que sale al encuentro de cualquier subjetividad; y, como ya lo mencionamos, los que denuncian las ilusiones pueden estar fuertemente implicados en ellas. Por último, e) la denuncia de las ilusiones presupone juicios valorativos éticos y prácticos sobre lo preferible y lo deseable.

3. Cuáles son las ilusiones

Los discursos que tematizan las ilusiones, de manera general, han señalado las siguientes:

a) *Perceptivas*

Como resultado de un proceso perceptivo, hay datos de los sentidos que han llegado a ser desmentidos, con base en alternativas interpretaciones aportadas por la fisiología, la física, la química o la neurociencia. Por el avance de estas nuevas interpretaciones, la percepción ha llegado a ser considerada como una visión particular de la existencia adaptativa a sus entornos vitales por parte del ser humano; sus aportaciones epistémicas y ontológicas ya han sido relativizadas mediante discursos de la ilusión.

b) *Artísticas*

Cómo una obra de arte crea, con sus recursos específicos, la ilusión de realidad; o bien, es capaz de producir en su receptor ilusiones estéticas de gran intensidad. Además, las artes retoman,

de las tradiciones culturales, imágenes simbólicas, mitológicas y alegóricas y las dotan de una gran riqueza figurativa.

c) *Metafísicas*

En la vida cotidiana, con sus certezas irracionales (Bollnow, 1976), en la filosofía, en la ciencia, en los sistemas de creencias religiosas, han sido tratadas como ilusorias, entre muchas otras, la imagen de un dios masculino y amoroso que tiene ya escrito el destino de los seres humanos, la representación del mal como un ser personal que ejerce sobre la humanidad sus artes de seducción y persuasión, el origen divino del universo y la posibilidad de que pueda ser conocido mediante la descripción de un conjunto limitado de leyes generales, el sujeto trascendental dotado de facultades efectivas y totalizadoras en su búsqueda del conocimiento, la distinción entre racionalidad y emoción como esencialmente ajenas entre sí, la neutralidad del conocimiento científico que llega a construirse gracias a un método autónomo y universal, la dualidad sustancial alma y cuerpo, la ilusión de un *yo* dotado de autonomía y validez ontológica y ética universales... En definitiva, Pere Saborit (1997: 41) realiza una autoclausura del discurso de la ilusión: “Se pretenderá siempre que la explicación ilusoria es la de los demás, cuando en realidad se trata de asumir que lo que es ilusorio es que haya una explicación última y definitiva.”

d) *Culturales y sociales*

Principalmente entendidos como *relatos de legitimación* que tienen como fin consolidar, desde condiciones de abuso del poder, las asimetrías sociales: la unión de los hombres en su marcha hacia el bienestar de todos, que el hombre es esencialmente bueno, la neutralidad ética de la tecnología, el avance moral de la humanidad, las conquistas democráticas y la lucha de los poderosos en pro de ella, que los grupos humanos están unidos por

relaciones de amor y solidaridad. En muchos medios sociales existe una oferta generalizada de discursos (religiosos, familiares, políticos, poéticos...) que se refieren al amor en términos como los siguientes: “eterno”, “metafísico”, “trascendente”, “puro”, “desinteresado”, “tan poderoso que mueve al mundo”, “predestinado como el amor a primera vista”; se trata de una *generalización simbólica* que garantiza, según Parsons y Niklas Luhmann (Luhmann, 1998: cap. 5) la existencia de valores compartidos y el reconocimiento de expectativas mutuas entre los actores de los procesos de comunicación. Es un *medio de comunicación* que reduce complejidad y permite cierta estabilidad de los sistemas sociales, en cuanto que cualquier información puede ser traducida a sus términos.

Paul Ricoeur (2001: 356-357) plantea la complementariedad entre la ideología, que “...fortalece, preserva y, en este sentido, conserva al grupo social”, puesto que le permite creer en su identidad, y la utopía, que “...es un ejercicio de la imaginación para pensar en *otro modo de ser* de lo social”.

Deleuze y Guattari (1993: 101) también hablan de esa producción deliberada de ilusiones:

La utopía no se separa del movimiento infinito: designa etimológicamente la desterritorialización absoluta, pero siempre en el punto crítico en el que ésta se conecta con el medio relativo presente, y sobre todo con las fuerzas sofocadas en este medio.

Para Remo Bodei (1995: 438) las “...ilusiones duran a despecho de la razón, y la vehemencia misma con que los partidarios de la razón las atacan revela en ellos un lado pasional...”.

e) *Hedonistas*

Las tendencias naturales de búsqueda del placer y el bienestar son la base de creación de sistemas de imágenes que cada vez adquieren más valores de verosimilitud prodigiosa y capacidad

de sugestión ante el espectador. El empleo deliberado, por parte de “industrias culturales”, de apariencias personales seductoras, ubicados en entornos físicos y sociales llenos de “encanto”, en relación con la promoción de bienes y servicios y formas de vida (la publicidad y la propaganda); la comodidad y la abundancia de objetos de consumo cuyo único objetivo es la intensificación del placer. Los escenarios y sistemas de objetos que sugieren al espectador el sentimiento de encontrarse en un mundo feliz ofrecen un tratamiento estético de las imágenes del mundo inmediato y práctico: el grupo, la familia, la pareja; la fiesta, los eventos de diversión como el día de campo, los rituales de confirmación de felicidad como la boda, la presentación en sociedad o el evento político-festivo... Se ha descubierto en la fiesta un devenir comparable con la explosión: el gran despilfarro de recursos, de energía, de construcción de apariencias sugestivas y eufóricas en un tiempo-espacio relativamente reducido, así como la intensificación de la convivencia en esa “realidad aparte”. Desde el punto de vista de una memoria episódica (o desde el punto de vista de su narratividad) el acontecimiento festivo es un centro *pasional* alrededor del cual se instauran ritmos de trabajo y de espera, de gozo y vuelta al ritmo natural de la vida. En otros términos, ese esfuerzo (*conatus*) concentrado tanto por la mente (voluntad) como por el cuerpo (apetito) de posibilitar ese acceder a la realidad de la fiesta, se basa en un entorno existencial individual y social del deseo (*cupiditas*) de hacer patente la condición objetiva de la alegría (*laetitia*). (Bodei, 1995: 66-67). En general, puede llamarse una estrategia de la ilusión.

f) *El ensueño de los proyectos*

En la vida práctica, la acción, por más racional que sea, se ve acompañada de un estado afectivo del sujeto: se representa la situación (aún virtual) en la cual el logro del proyecto es un objeto alcanzado. Muchas veces, las interpretaciones de la propia realidad son la base de esperanzas ilusorias; Abad Carretero, en

sus estudios sobre una filosofía del instante, toma este afán de ensueño (el querer) como ingrediente principal de la existencia humana. Fontanille, (2001: 162) con estas palabras: “la noción de programación no debe crear ilusión...” sugiere que la acción (como parte de la dimensión pragmática del discurso) tiene su propia lógica (la de las transformaciones) dentro de los recorridos narrativos y que el deseo del sujeto por la exitosa obtención de sus metas forma parte de la dimensión pasional, que obedece a “... otra racionalidad: la del *advenir* (*sobrevenir*), la de la irrupción de los afectos y la del *devenir* de las tensiones afectivas”.

4. Las ilusiones en filosofía y ciencia

La temática y los discursos sobre la ilusión se encuentran en el centro de la reflexión filosófica, en cuanto ponen al descubierto el problema realidad/apariencia, siempre en relación con las pretensiones de realización de los sujetos. Estas pretensiones no sólo se dirigen al logro de la verdad, sino también a la búsqueda del bienestar y la felicidad. De manera general, la temática de las ilusiones es fundamental para hacer explícita la lucha de la conciencia humana en contra de versiones del mundo, de las cuales se sospecha que son falsas, estrechas o serviles ante el poder. Santayana (1994: 123-124) pone en voz de Demócrito estas palabras:

...y como la principal preocupación del cuerpo animal es defenderse y propagarse a toda costa, así la principal y más duradera ilusión del espíritu es la ilusión de su propia importancia. [...] En todas las ilusiones hay alguna verdad, puesto que siendo productos de la naturaleza tienen todas cierta relación con la naturaleza, y un espíritu prudente, quitándoles las máscaras, puede descubrir sus motivos verdaderos.

Desde el interior del texto se reconoce un ejercicio discursivo situado en un alto nivel de abstracción, su extensión es muy amplia, de modo que el perfil del enunciador filosófico lo presenta

en la situación privilegiada de un *saber-ser* ficticio, capaz de “ver” las condiciones y el destino del espíritu y de hacer una clara distinción entre dos tipos de saber: el ordinario, encerrado en su propio mundo limitado, y el excepcional, en el cual pueden formularse programas de gran alcance para la ampliación de estados de conciencia, lo cual queda irremediabilmente oscuro, dado su amplio ámbito de referencias. Sin embargo, esta capacidad del lenguaje de construir relaciones entre enunciadores, enunciados y enunciatarios en el interior de una formación discursiva, como lo es en este caso, la mira filosófica, plantea la necesidad de ejercer un discurso sobre las ilusiones, en cuanto que la formulación de modelos de realidad debe siempre acompañarse de una sensata sospecha de su estrechez o desatino. En las diferentes disciplinas científicas, no sólo en el lenguaje ordinario, se ha tenido que revisar el estatuto ontológico de las referencias construidas por los discursos, esa aparente facilidad de captación, así como el carácter de las propias estrategias de significación manifestadas en los textos. La filosofía de la ciencia ha llegado a definir el ejercicio científico en términos de una actividad intersubjetiva que controla sistemáticamente las relaciones entre lenguaje, conceptos, proposiciones empíricas, proposiciones de ley e hipótesis, cuerpo de conocimientos previos, objetos y relaciones postulados como reales y comunidades científicas. En esta situación actual del conocimiento, los debates científicos se manifiestan discursivamente como un planteamiento en términos de ilusiones; algunos ejemplos:

¿Por qué consideramos como una *apariencia* el proyecto (intencional) de una ciencia etnológica objetiva, situada en un punto de vista “neutral”, “por encima” de cualquier partidismo cultural, en un punto de vista no etnocéntrico? Simplemente porque creemos que semejante neutralidad es totalmente utópica... (Bueno, 1971: 32)

A fin de cuentas, casi todos los hombres aún creen a pie juntillas que el conocimiento acumulado por la humanidad a lo largo de los siglos

representa *efectivamente* un mundo objetivo más allá de nuestra experiencia, y que sólo esta concordancia con una realidad ontológica (y sólo ésta) es la que permite a nuestro conocimiento ser verdadero. Los defensores del *statu quo* suelen considerar un aguafiestas e incluso un peligroso hereje a todo el que afirma que esta creencia descansa en una ilusión (von Glasersfeld, 1997: 95).

Quedamos sujetos a una ilusión cuando convertimos un principio metodológico, como el de unificación, en una proposición teórica sobre el mundo, cuando convertimos la recomendación “unificar siempre” en la proposición “existe unidad” (Harbertal y Margalit, 2003: 171).

En el alba del desarrollo de la ciencia occidental percibió Bacon simultáneamente las servidumbres socioculturales que pesan sobre cualquier conocimiento y la necesidad de liberarse de ellas. Vio que el conocimiento podía ser influido inconscientemente por los “ídolos de la tribu” (propios de la sociedad), los “ídolos de la caverna” (propios de la educación), los “ídolos del forum” (nacidos de las ilusiones del lenguaje), los “ídolos del teatro” nacidos de las tradiciones) (Morin, 1991: 15).

5. El deseo

El término latino *desiderium* significa “desequilibrio” por un estado de deseo ardiente, de ansia o anhelo vehemente; desiderativos son los verbos que expresan deseos. *Cupiditas* tiene un sentido muy parecido (ansia, avidez, pasión, codicia), aunque se menciona más en relación con un estado de deseo amoroso, con el dios del amor e hijo de Venus. Remo Bodei, siguiendo a Spinoza, acepta que *appetitus* se refiere al deseo que tiene un origen tanto en la mente como en el cuerpo; por ello cita las palabras del autor de la *Ética*: “el deseo es el apetito con conciencia de sí mismo” (Bodei, 1995: 66-67).

Se encuentra, entonces, a un sujeto cuyo estado cognitivo-modal se constituye por un *saber-querer- no poder*. El campo de presencia del sujeto está matizado por una doble conciencia de

carencia y deseo. Hay una orientación de doble dirección entre *ser* y *hacer*, lo inacabado del ser impulsa el hacer, con una tendencia esencialmente infructuosa hacia el ser. En palabras de Emilio Lledó (*apud* Boladeras, 1989: 172):

Ser es desear. Cada supuesto momento “ontológico” de la realidad humana es expresión de la tendencia que lo constituye. Por ello, la ontología no puede serlo de un ente inmóvil. Ser es ser en el tiempo; discurrir, transferirse. Y es en el decurso de la temporalidad donde se clavan [...] todos aquellos “ahoras” en los que el ser tiende hacia otro y se completa en otro. En esta “tendencia” ha de darse una forma de bien. De lo contrario no existiría el deseo, porque todo lo que deseamos lo integramos en un esquema de “bondad”.

6. Los agregados

Vida cotidiana, sentido común, conciencia, son términos que aluden a campos de hechos muy difíciles de enmarcar en una investigación, ya que, más bien, se presentan como “suelo común” de múltiples reflexiones. En la vida ordinaria existen versiones del mundo (religiosas, políticas, éticas, tecnológicas, pseudo-científicas, raciales, grupales) que afirman tener resuelto el problema del sentido de la totalidad; en su productividad discursiva realizan operaciones de recuperación y traducción, a sus propios términos, de los diferentes aspectos y niveles de la vida humana y sus entornos naturales y espirituales. Pero junto a esta experiencia de tranquilidad individual y grupal, basada en un dogmatismo irreflexivo, las personas se ven constantemente enfrentadas con la perturbación, el dolor, la penuria crónica, las carencias, la muerte, la experiencia de lo absurdo, la acción destructiva que se reconoce como voluntad de un agente humano y con expresiones como “así es la vida”. Salir de las “ideologías”, estar desilusionado de ellas, es una experiencia de encontrarse “a la intemperie” y ello va contra esa tendencia de la mente de preservar una “totalidad psíquica”, esto es, un centro

cognitivo y afectivo que dé sentido a los entornos en los cuales transcurre la propia vida.

Las actuales reflexiones de la fenomenología, la filosofía de la ciencia, la psicología social, la sociología del conocimiento, entre otras, han llegado a identificar estos campos múltiples de hechos como *agregados*, es decir, que no tienen un carácter sistemático global; en lugar de eso, la noción de *espectro* plantea un centro iluminado que se torna oscuro en sus periferias y en sus relaciones con otros centros de interés, innovación semántica y funcionalidad (relevancia o pertinencia) práctica. Esta noción de los centros de sentido señala ese carácter fragmentario del mundo de la conciencia, sujeta a la deriva del mundo de la opinión, de las creencias, de las actitudes proposicionales infundadas o de la vivencia confusamente marcada por complejos afectivos que se tematizan con campos léxicos igualmente difíciles de esclarecer. Lonergan (1999: 226), por ejemplo, dice que el sentido común,

al revés de las ciencias, es una especialización de la inteligencia en lo particular y concreto. Es común pero no general, pues consiste en un conjunto de intelecciones que permanece incompleto mientras no se añada al menos un nuevo acto de intelección acerca de la situación presente; y una vez que la situación desaparece, la intelección añadida ya no es pertinente, por lo cual el sentido común vuelve de inmediato a su estado incompleto normal.

La vida cotidiana está poblada de situaciones con distinta cualidad afectiva; algunas de ellas, dado que son repetitivas, necesarias y con nulo valor cognitivo, suscitan en el sujeto un sentimiento de vacuidad. Pero, de manera general, el sentimiento de aburrimiento acompaña a los sujetos, aun a aquellos que se consideran satisfechos o felices en su vida. Siempre hay situaciones con baja intensidad afectiva, pero ello se da en relación con las estructuras de expectativas del sujeto, según su formación intelectual, sus formaciones disposicionales (de temperamento y carácter), sus regímenes de interés y atención. El aburrimiento

puede estar “enganchado” a requerimientos corporales no satisfechos, a la carencia de procesos gratificantes de interacción comunicativa o bien, a la falta de realización de necesidades de tipo intelectual. Hipotéticamente, el sujeto aburrido identifica las condiciones concretas que son disparadoras de ese su estado disfórico afectivo pero siempre se encuentra ajeno al proceso fundamental del aburrimiento; permanece poco iluminada la cuestión de por qué las personas necesitan distraerse o entretenerse, cuál es el destino o hacia dónde apunta esa disposición de sentir aburrimiento. Pöppel (1993: 108) cita estas palabras del físico Richard Feynman: “El tiempo es lo que pasa cuando no pasa nada más”; de igual forma que el deseo, el aburrimiento se fundamenta en la conciencia, por parte del propio sujeto, de una carencia que lo afecta. Herman Parret (1994: 129) menciona que “Plotino introduce el *deseo* en el transcurrir del tiempo que devora a sus propios hijos, los momentos presentes: el tiempo está impulsado por el deseo de completarse.” Parret también considera que la vida cotidiana es pública, transcurre en la exterioridad, en la relación con los otros; por ello el sujeto es un espectador de su vida y de la vida de los otros en términos de un tiempo vivido que sustenta una articulación de los sucesos como un relato: “La complejidad de la vida-relato depende entonces del hecho de que la vida-relato es al mismo tiempo un *enunciado narrativo* y una *enunciación narrativa* y, sobre todo, que estos dos ejes de la vida-relato tienden a confundirse.” (Parret, 1994: 133). Subyace aquí la idea de que el sujeto narra (inventa, articula temporalmente) y vive su vida-relato.

Fontanille y Zilberberg (2003: 152), en relación con la *praxis* enunciativa, consideran al relato como una predicación *intensiva*, que integra la tensión “tónico/átono”, y que se basa en un “...esquema en el que se asocian los acontecimientos resaltantes, seleccionados precisamente por su intensidad de la envoltura (*gangue*) pre-narrativa del devenir.”

7. Seducción, persuasión

Aquí se ha caracterizado al sujeto, en relación con el discurso de la ilusión, como una entidad central: tiene conciencia de sí mismo, realiza operaciones metacognitivas, es intérprete de sus condiciones de existencia, es narrador y personaje de su vida. Pero, paradójicamente, también se encuentra *descentrado*, puesto que la ilusión se caracteriza como una formación discursiva un tanto independiente de sus usuarios, también está inmerso en la inclinación a creer, a estar ilusionado, dada su situación de carencia y deseo. La condición centrado/descentrado plantea un estado tensivo principalmente como sujeto de hacer y sujeto de estado; dada su situación de carencia y deseo se encuentra bajo la inclinación a estar seducido con aquel despliegue figurativo y de valores que promete cumplir con las expectativas que se basan en padecimientos más que en proyectos. De igual forma, ese sujeto de la ilusión es objeto de un *hacer saber* por parte de un sujeto persuasivo que, en función de destinador, ofrece a su hacer interpretativo un objeto de saber que es considerado como falso (desde el punto de vista del destinador); Zilberberg (1980: 16) presenta el recorrido cognitivo del “ilusionamiento” como un paso de un estado disjunto a uno conjunto con ese objeto de saber. Como ya hemos mencionado, puede haber otra instancia de observación que da cuenta del hacer del destinador; puede ser el propio sujeto de estado en cuanto que “se deja llevar” por esa convicción cognitiva y *pasional* que es producto del hacer persuasivo. Efectivamente, como la define Stevenson (1984: cap. VI), la persuasión es un método *no racional*, en el sentido de que sus “razones” son enunciados que expresan creencias. “Este método se basa en un impacto emocional directo de las palabras; en el significado emotivo, la metáfora oportuna, el tono de voz estentóreo, incitante o plañidero, los gestos dramáticos, el *rapport* con la audiencia, etcétera.” (*Op. cit.*: 134-135) Como se infiere de ello, el destinador debe contar con un estatuto de autoridad y con un poder de despliegue figurativo ante el sujeto de estado

(Cf. también: Sánchez de Zavala, 1994: 122 y ss.; Atkinson, 1956: cap. XIV y Bellenger, 1999).

Parret (1994: cap. VI) separa la seducción del proceso de manipulación discursiva; ésta siempre adquiere un carácter de inconfesable, dada su pretensión de ignorar la voluntad del destinatario, al conseguir de él una adhesión, una acción sobre la base de manejo (y ocultamiento) de información y la construcción de motivaciones no del todo auténticas. En cambio, la seducción es un proceso que irrumpe en la conciencia desde un principio.

Hay incluso un lazo intrínseco de la seducción y de la *esthesis*: la seducción presupone la “visibilidad”, la puesta en escena y la teatralización: no hay secreto en lo que respecta al secreto mismo y paradójicamente, el secreto aparece bajo la forma de simulacro. La seducción es confesable (*Op. cit.*: 114).

La seducción “...no tiene argumentos ni ninguna fuerza de persuasión” pero es ese “...margen devastador que ‘conduce las almas’ —*psychagogia*— y les hace perder así toda su dialéctica, toda su retórica.” (Parret, 1984: 121) La fuerza figurativa y su despliegue estratégico en el mundo social que, al estar ahí en el entorno captable por los sentidos de los sujetos, se ofrece a la seducción, constituye el acceso a un estado eufórico que cualifica el *estar-siendo* en un mundo *hecho* a la medida de los deseos.

8. Tensión y pasión

La actual semiótica tensiva, desarrollada principalmente por Jacques Fontanille y Claude Zilberberg, ha integrado a su campo de objetos de análisis, como ya ha sido mencionado en este escrito, a la afectividad; ésta, como objeto semiótico, es susceptible de análisis estructural, es decir, como conjuntos de relaciones entre magnitudes diferentes. Una magnitud es entendida como entidad moviente porque crece o decrece, es ascendente o es decadente y forma parte del campo de presencia perceptiva de un sujeto observador, con un determinado estado de ánimo y una

intencionalidad, es decir, una direccionalidad de atención. La noción de sujeto semiótico se presenta así: "...el 'yo' semiótico no se reduce al 'yo' lingüístico: el 'yo' semiótico es un 'yo' sensible, afectado, con frecuencia atónito, es decir, emocionado por los éxtasis que lo asaltan, un 'yo' oscilante más bien que identitario" (Fontanille y Zilberberg, 2003: 117).

La afectividad se presenta bajo el concepto de *intensidad*, que es correlativo al concepto de *extensidad*. Zilberberg (2003: 12) explica que ambas nociones forman parte de la tensividad, que carga también un sentido oscilatorio. *La intensidad está constituida por los estados de ánimo, por lo sensible; y la extensidad, por los estados de cosas y lo inteligible*. Desde el punto de vista de un mismo yo semiótico, la intensidad alude a un dominio interno que, sobre la base de la distinción sujeto/objeto "pone en la mira" una zona del campo de presencia para hacer resaltar un objeto, mirarlo con cierta intensidad; es un ejercicio de lo sensible. La extensidad, por su lado, alude a un dominio externo, un estado de cosas o un campo a partir del cual se realiza un proceso de cierre para hacerlo coincidir con la mira; se trata de la *captación* y opera orientándose en lo que identifica con lo inteligible (Fontanille y Zilberberg, 2003: 119).

Fontanille (1998: 236-237) define cognitivamente la ilusión como "...alguna cosa que se despliega figurativamente sin la intensidad del ser"; es decir, que se desarrolla en la extensidad (acumula viveza de percepción), pero no en la intensidad de realización. La ilusión puede plantearse como ejemplo de un esquema tensivo de *decadencia*, puesto que la apariencia que ofrece la ilusión ante el hacer interpretativo de un sujeto (cognitivo-pasional, y en ocasiones pragmático, como cuando realiza rituales de confirmación de felicidad) permanece como una realización virtual. Se trata de un estado pasional permanente, una *inclinación* a esa realización diferida pero prometedora de las ilusiones.

Lo anterior está ya caracterizado en el libro *Semiótica de las pasiones* de Greimas y Fontanille. En otro lugar del mismo texto (p. 56) se define el *simulacro* como "...una configuración que

resulta únicamente de la apertura de un espacio imaginario como consecuencia de las cargas modales que afectan al sujeto: los simulacros existenciales y los cambios “imaginarios” de roles actanciales —es decir, todo lo que afecta a la representación sintáctica de los enunciados de junción— constituyen las principales propiedades de esos simulacros en sentido restringido.” Es posible observar que el que se encuentra bajo alguna sugestión anhelante imagina una condición en la que se ha realizado, para su felicidad, una performance de junción con el objeto de su deseo.

Una ilusión, en este contexto, puede ser caracterizada como el resultado de una direccionalidad, en constante tensión ascendente/decadente, hacia la constitución de una mira (sensibilidad, intensidad) de un complejo de imágenes dinámicas sobrecargadas de afectividad; y hacia la constitución de la captación del despliegue temporal y espacial de sus correspondientes estados de cosas (extensidad, inteligibilidad). Tal proceso tiene una velocidad de devenir, que, dentro de la intensidad, se constituye en *tempo* conjugado con la *tonicidad*. En otros términos, las vivencias de un sujeto tienen una cualidad temporal, rítmica y una energía o fuerza de realización. Ambas rigen a la extensidad, que está constituida por la temporalidad (la duración) y la espacialidad (un campo de despliegue).

Por ejemplo, un relato filmico, en su carácter de conjunto significativo (plano de la expresión), ofrece al espectador una configuración multiestructurada (escenarios, luz, sonido ambiental, voz, movimientos de objetos y personas, música, montaje), la cual otorga a la percepción la ilusión de realidad. Ahora bien, por el plano del contenido, el espectador asiste a la puesta en discurso de una historia que encarna ilusiones muy queridas; por ejemplo, el sobrevenir del amor profundo a primera vista o el triunfo del bien sobre el mal, manifestado por una lucha cuerpo a cuerpo. El análisis semiótico del fenómeno de la ilusión brinda una riqueza de perspectivas: entre otras, la intensidad ascendente del *parecer* en contraste con la *atonía* del mundo real (su

cotidianidad: lentitud, monotonía); la modulación de estados afectivos a través de los estados narrativos, las atenuaciones y los repuntes de la compasión y el intercambio de expresiones amorosas, el éxtasis de la muerte o la decadencia de la derrota (la merma de la vitalidad).

Para terminar este breve estudio, es importante destacar la relevancia actual del análisis interdisciplinario de la ilusión, puesto que, hoy más que en otras etapas históricas, los relatos de legitimación de estados de cosas del mundo social han adquirido un gran poder de seducción gracias a las tecnologías, tanto de comunicación como de uso estratégico de las representaciones del mundo.

Referencias bibliográficas

- ATKINSON, W. (1956), *La ciencia de la palabra*, México: Novaro.
- BELLENGER, Lionel (1999), *La persuasión*, México: FCE, Col. Popular, núm. 430.
- BODEI, Remo (1995), *Geometría de las pasiones; miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político*, México: FCE.
- BOLADERAS CUCURELLA, Margarita (1989), “El conflicto del tiempo y el deseo”, en Manuel Cruz, y otros (eds.), *Historia, lenguaje y sociedad; homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona: Crítica, pp. 171-185.
- BOLLNOW, Otto (1976), *Introducción a la filosofía del conocimiento*, Buenos Aires: Amorrortu.
- BUENO, Gustavo (1971), *Etnología y utopía*, España: Las ediciones de los Papeles de Son Armadans.
- CALAME, Claude (1990), “Illusions de la mythologie”, en *Nouveaux Actes Sémiotiques*, núm. 12, France: Université de Limoges.
- DELEUZE, G. Y GUATTARI, F. (1993), *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona: Anagrama.

- DOELKER, Christian (1982), *La realidad manipulada; radio, televisión, cine, prensa*, Barcelona: Gustavo Gili.
- DOMÍNGUEZ MORANO, Carlos (2001), *Los registros del deseo; del afecto, el amor y otras pasiones*, España: Desclée de Brouwer.
- ECO, Umberto (1986), *La estrategia de la ilusión*, España: Lumen.
- FLOCH, Jean-Marie (1993), *Semiótica, marketing y comunicación; bajo los signos, las estrategias*, Barcelona: Paidós.
- FONTANILLE, Jacques (2001), *Semiótica del discurso*, Trad. Oscar Quezada y Desiderio Blanco, Lima: FCE.
- _____ (1998), “De la Sémiotique de la présence à la structure tensive”, en E. Landowski, R. Dorra y de Oliveira, A.C. (eds.), *Semiótica, estesis, estética*, São Paulo-Puebla: EDUC-BUAP.
- FONTANILLE, Jacques y Claude ZILBERBERG (2004), *Tensión y significación*, Lima: Universidad de Lima.
- VON GLASERSFELD, Ernst (1997), “El final de una gran ilusión”, en H. R. Fischer, ; A. Retzer y J. Schweizer, (comps.), *El final de los grandes proyectos*, España: Gedisa, pp. 84-97.
- GOODY, Jack (1999), *Representaciones y contradicciones; la ambivalencia hacia las imágenes, el teatro, la ficción, las reliquias y la sexualidad*, Barcelona: Paidós.
- GREIMAS, Algirdas J. y Jacques FONTANILLE (1994), *Semiótica de las pasiones; de los estados de cosas a los estados del alma*, México: Siglo XXI-BUAP.
- HARBERTAL, Moshe y MARGALIT, Avishai (2003), *Idolatría; guerras por imágenes: las raíces de un conflicto milenario*, España: Gedisa.
- HERNÁNDEZ PRADO, José (2002), *Sentido común y liberalismo Filosófico*, México: UAM-A., Publicaciones Cruz O.
- LEFEBVRE, Henri (1983), *La presencia y la ausencia; contribución a la teoría de las representaciones*, México: FCE.
- LONERGAN, Bernard (1999), *Insight; estudio sobre la comprensión humana*, México/Salamanca: Universidad Iberoamericana/Sígueme.

- LUHMANN, Niklas (1998), *Complejidad y modernidad; de la unidad a la diferencia*, Madrid: Trotta.
- MONGES NICOLAU, Graciela (2004), *Hacia una hermenéutica del deseo; lectura de tres novelas de Alberto Ruy Sánchez*, México: Universidad Iberoamericana.
- MORIN, Edgar (1991), *El método IV: las ideas*, Madrid: Cátedra.
- OJEDA FIGUEROA, César (1998), *La presencia de lo ausente; ensayo sobre el deseo*, Chile: Cuatro Vientos Editorial.
- PARRET, Herman (1982), *Éléments pour une typologie raisonnée des passions*, Paris: Institut National de la Langue Française, *Actes Sémiotiques- Documents*, IV, p. 37.
- (1988), *Le sublime*, Paris: Hadés-Benjamins.
- (1994), *De la semiótica a la estética; enunciación, sensación, pasiones*, Argentina: Edicial.
- PÖPPEL, Ernst (1993), *Los límites de la consciencia; realidad y percepción humana*, España: Círculo de Lectores.
- POTTER, Jonathan (1998), *La representación de la realidad; discurso, retórica y construcción social*, Barcelona: Paidós.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor (1994), *Ensayos de la palabra y el pensamiento*, Madrid: Trotta.
- SANTAYANA, George (1994), “Locura normal”, en *Diálogos en el limbo*, México: Porrúa, Col. “Sepan cuántos...”, núm. 645.
- STEVENSON, Charles (1984), *Ética y lenguaje*, Barcelona: Paidós.
- ZILBERBERG, Claude (1980), “Notes relatives au faire persuasif”, en *Le Bulletin*, núm. 15, septiembre, Paris: Groupe de Recherches Sémio-linguistiques, Institut de la Langue Française, pp. 11-25.
- (1999), *Semiótica tensiva y formas de vida*, Puebla: BUAP.
- (2003), “Breviario de gramática tensiva”, en *Escritos*, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje, núm. 27, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, pp. 7-43.